

con los dedos bien juntos, pudo recoger agua para apagar su sed. Su mano así puesta al extremo del brazo, le dió la idea de la primera cuchara de palo, cuando quiso llevar de beber á su mujer y á sus hijos; sino que estando su vivienda lejos de la corriente y fatigándolo sus numerosos viajes, ahondó un poco más la cuchara de palo, dándole un asiento sólido, y de este modo inventó la cacerola. Después estando muy fría el agua, se resolvió á poner al fuego la cacerola y añadió tres pies á la primitiva cuchara, que vino á ser así la marmita ú olla. No siendo cómoda la marmita cuando se trataba de verter el líquido, horadó el hombre la panza del utensilio y con esto encontró la cafetera. En fin, por una serie de operaciones exigidas por la experiencia diaria, esta cuchara primitiva, copiada de la mano al extremo del brazo, ha dado hasta los sifones de agua de Seltz, último progreso y suprema complicación.

Pues bien, con la historia de la habitación me imaginaba yo que había de haber pasado lo mismo, que el transformismo se encontraría aquí á sus anchas, y que si el punto de partida podía estar mal elegido, si se producían algunas lagunas, dependería solamente de la falta de documentos. En suma, se debía salir de esta visión con la sensación de haber vivido desde la edad de piedra, á través de los siglos, hasta la edad, no digo de la torre Eiffel, pero sí de la Ópera.

He ido al Campo de Marte, y allí he visto desde luego que se había sacrificado al golpe de vista la parte científica, histórica é instructiva del programa. Los palacios están al lado de las barracas y una serie de tres casas indica bastante bien el progreso de la arquitectura á través de las edades; pero la evolución está débilmente indicada, á lo menos á estas horas en que los operarios están aun trabajando. El darwinismo soñado no es más que un mito. No completamente, sin embargo: en Darwin no hay más que la evolución, se encuentra también la lucha por la existencia, el famoso *struggle for life*, y aquí M. Garnier se muestra luchador, luchador encarnizado: quiere hacer caer la torre Eiffel.

Como esta torre pretendía dominar, desde lo alto de sus 300 metros, las construcciones del porvenir y parecía auxiliada en esta obra por la gigantesca acumulación de hierro que se llama galería de las Máquinas, el morrillo desposeído, los mármoles y los estucos, el ladrillo y el yeso, la madera y el cemento, la paja y la teja y la pizarra que al parecer se desconocían, protestaron desde el principio de la empresa. M. Garnier tomó á pechos esta causa y también tomó la palabra, y en una memoria célebre, el arquitecto anatematizó al ingeniero y la Ópera lanzó rayos de teatro contra la torre de hierro.

Acaso se recuerde aun aquella algarada que puede muy bien llamarse, según el viejo clisé, un pronunciamiento. En efecto, los combatientes hubieran podido ceñirse el casco clásico (sí, y tú también ¡oh Guy de Maupassant!) y esta oposición á la obra de monsieur Eiffel tomó un aspecto tan hinchado, que M. Lockroy, entonces comisario general, no tuvo más que lanzar algunas frasecillas dentadas á la manera parisiense para disipar las pompas de jabón de los descontentos.

Más prudente y silencioso, pero no menos tenaz M. Garnier cambió sus baterías, y como la torre quería inaugurar al parecer un nuevo sistema de construcción, fuera de toda tradición, y aun aplastar bajo sus cuatro enormes pies ferruginosos la venerada tradición, el audaz arquitecto resolvió poner, como para desdeñar al coloso, toda una serie de habitaciones, demostrando que desde ayer aun, no era el hierro sino un esclavo sin importancia y sólo empleado en las construcciones, porque el oro es muy caro.

Aunque partidario del monumento Eiffel, debía aplaudir este valor. Si M. Eiffel, me decía yo, hace cosas grandes en altura, M. Garnier las va á hacer también en amplitud



Casa romano-italiana, carro de los hunos y habitación galo-romana

y en profundidad. Apoyará su estética en una síntesis bien establecida, y la filosofía de la historia se levantará altiva enfrente del hecho brutal. Por una hábil disposición de sus trabajos demostrará el arquitecto que la serie de las habitaciones humanas no podría venir á parar á monstruosidades de hierro y que si *natura non facit saltum*, M. Eiffel es un gran culpable de romper la tradición y de imponer á los inquilinos del porvenir una serie de armazones más inhabitables que un mastelero de juanete.

Yo preveía la tesis del arquitecto, y encontraba grandeza en esta empresa semejante en energía al combate de Quiberón, y aun (seamos clásicos) á la batalla de las Termópilas. Apelaba á mis argumentos *eifelianos*; pero temblaba, sin embargo, temblaba pensando que acaso sería vencido.

Pero mi imaginación me había arrastrado y caía rodando ante la realidad.

Sigamos la especie de calle que forman estas habitaciones. Cerca del pabellón de los Transatlánticos, están las rocas arcaicas, las profundas grutas, que se han tenido que rodear de una barrera de alambre, porque los modernos visitantes, que han venido á ser esencialmente primitivos en presencia de estas habitaciones de otras edades, las toman por ciertos *buenos retiros* especiales, que son muy raros en el Campo de Marte.

He aquí las habitaciones lacustres, rodeadas también de alambre, de hierro, ¡siempre el hierro!

Con la casa egipcia del tiempo de Sesostris (y bien saltamos algunas docenas de siglos) si la parte histórica grave está descuidada, comienza la pintoresca y también la divertida de los parisienses. Bajo el porche principal, un negrito abigarrado de colores chillones y oropeles, clama sin cesar: ¡Balalá, balalá, Madam! ¡Balalá, balalá, Monsieur! La gente no comprende estos jeroglíficos hablados, que el negrito procura explicar con gestos de telégrafo aéreo. En fin, algunos discípulos de Champollion acaban por descifrar: *Balalá* quiere decir *Pa par lá* (por ahí no) y *balá, voilà* (por aquí); mientras con el brazo indica una segunda puerta, tras la cual una mujer, mediante la suma de 25 céntimos, autoriza la visita interior del monumento bajo la dirección de un negro vestido de *fellah*, que espanta á los niños. Dos campesinos vacilan en entrar durante un buen espacio y no entran al fin. ¡Oh sabiduría rústica!

Más lejos, la casa hebraica cargada de inscripciones cabalísticas, el palacio indio, muy bello por cierto, con sus dos graciosas torres coronadas de caladas tiaras, y con sus graderías que dan acceso á salas profundas y frescas como casas aéreas, adonde penetra la luz por lumbreras dentadas á grande altura.

Esta casa no está aun habitada ni aun amueblada, ni más ni menos que sus contiguas la fenicia, la asiria y la pérsica, cuya cúpula baja y colocada de lado no carece de gracia.

Y llego á las casas etruscas: la primitiva detrás y la más reciente delante. Muy bien. Allí descubro el bock de Etruria (treinta céntimos), y sobre todo los sandwiches etruscos, venerablemente cubiertos de polvo histórico, servidos por un mozo vestido de verde y rojo ó por una joven que parece un ánfora.

Otra eminente distracción arqueológica es la cabaña gálica, adornada con esta inscripción de la más perfecta *galicista*: *Cervoise á 30 centimes*. ¡Ya! hubiera dicho Hervé.

A dos pasos de allí — ¡oh Carnak, oh país de Arvor! — tres dólmenes minúsculos, precisamente situados á la altura... de la mano, sin duda para que las fatigadas señoras se sienten en ellos, tomándolos por bancos.

Y las barracas de madera montadas en patas, dólmenes leñosos, destinados á los vivos, y esta casa rústica de estilo duro en la que encuentro un empleado bien moderno, que me dice que son las Agencias. ¡Agencias! ¿De qué época?

Finalmente, cerca de la torre Eiffel, un carro galo; el carro de los reyes holgazanes, simbolo de la actividad negativa de tantos expositores, que el día 1.º de junio no están todavía instalados.

Al otro lado de la torre continúa la calle de las habitaciones. Allí está la obra maestra de la empresa, encontrándose una progresión visible y neta. Vese en primer lugar una casa romana, cuyo plano trasformado viene á ser la casa de la Edad media, la cual se cambia en *hostal* del Renacimiento. En estas tres habitaciones que se suceden y se parecen como tres hermanas de edad diferente, se sigue el movimiento de arte con cierta precisión.

Oigo ruido de cristalería. Un *hostal* ú *hostería*, dije para mí recordando aun la *cervoise* á 30 céntimos y el *sandwich* etrusco; y muy luego veo en la planta baja del *hostal* del Renacimiento toda clase de vasos de colores, y una dama que vestida á la moda de Francisco I invita á los transeuntes. No es una taberna, sino una cristalería veneciana. Un vidriero muy bien vestido también, enseña el modo de hacer vidrio, mediante algunos céntimos.

Remonto ahora el río del tiempo y llego á la casa bizantina de la época de Justiniano. ¡Pardiez! En ella se venden manzanas, nueces enormes y melocotones rosados á la tranquila luz de una lámpara de santuario que brilla misteriosamente en una penumbra.

Después de examinar estas frutas, las manzanas, nueces y melocotones no son tales melocotones, nueces ni manzanas, sino simplemente pastillas de jabón en semejante forma, vendidas por una linda griega de Constantinopla, por la cual muchos estudiantes venderían las *Pandectas*.

En una casa de madera, pintada de muchos colores, leo: Destilación de rosas ¡Oh Teodora!

He aquí la graciosa casa rusa con su pabellón puntiagudo y su minarete oriental: en la puerta hay una mujer vestida de moscovita, y al pasar un oficial belga, me pregunta ella en francés: ¿Qué militar es ese? Esta mujer rusa no es sino suiza; pero en el interior del edificio, un hombre verdaderamente ruso, cubierto con un *shapska* adornado de plumas de pavón, vestido de blusa azul oscuro y calzado de botas, escancia kumel auténtico.

Y sin pasar de aquí, una pregunta: ¿Por qué se prohíbe con pretexto de estilo fijar un cartel en la puerta de este chalet ruso, cuando se autoriza á la cabaña gala á desafiar todas las leyes arqueológicas fijando en la suya este anuncio: *Cervoise á 30 centimes?* Misterios y administración. M. Garnier ha tenido, según dicen, remordimientos de estilo. Tardíos, muy tardíos.

Muy linda la casa árabe con su tienda de juguetes y el café contiguo, cuya chimenea es graciosa de tono, mientras flota en la atmósfera un aroma sutil.

Después la casa mahometana del Sudán y el pabellón chinesco. Modernas estas casas, sin nada histórico, son simplemente características.

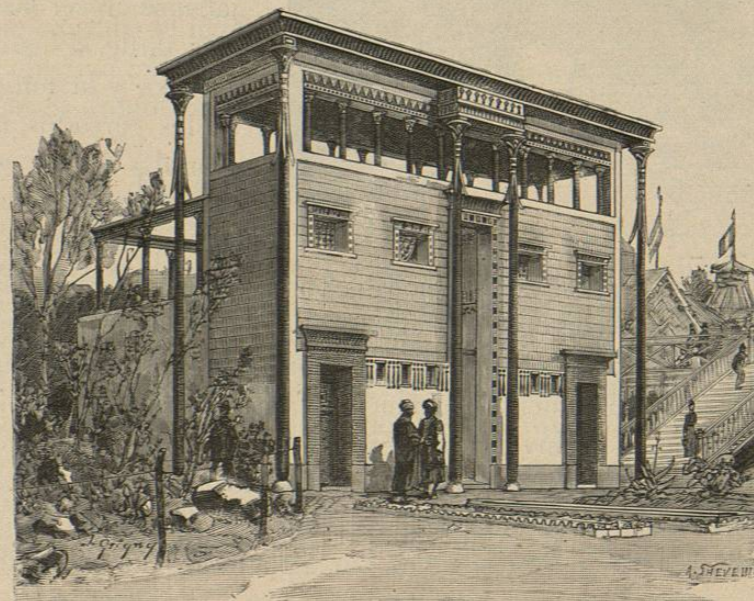
Más cabañas aún, no sé de quién, aunque me aseguran que son de Apaches ó de Hottentotes. Las he visto semejantes en el bosque de Fontainebleau, habitadas por leñadores. Sólo la cabaña de los Pielos-rojas tiene cierto tufillo cabrío, á menos que no huela más bien á heno.

Por último, los Lapones. ¡Oh! la nieve sobre la cabaña de piedra; nieve que no es más que una mano de yeso.

De regreso, procuro sintetizar mi impresión. No, no es esta la historia de la habitación, tal como parecía prometérnosla el famoso programa; es apenas un bosquejo de historia con bellos trozos y aun páginas hábilmente escritas por aquí y por allá.

A buen seguro, no son estas piedras, estos ladrillos, estas maderas ni este estuco, los que derrumbarán la torre Eiffel. En cuanto á reemplazar aquella calle de las Naciones, tan recorrida en 1878, creo más bien que la calle del Cairo con su carácter francamente exótico hará ruda competencia á la nueva obra de M. Garnier. Aunque á decir verdad, si quiero olvidar un momento que soy un cronista para volver á ser un buen parisiense, debo confesar que me he reído con frecuencia é interesado á veces, mientras que los transeuntes que no se enteraran, se divierten ya mucho en este sitio y quedan así en el tono general de la alegre Exposición de 1889.

EMILIO GOUDEAU.



Casa egipcia